

cial, estancamiento económico y nacionalismo parroquial. La posibilidad de que en este difícil camino de la cooperación económica regional se avance a una velocidad proporcional a la magnitud de los problemas no resueltos, depende tanto de los países directamente involucrados como del desarrollado Hemisferio Norte”.

Por el material que reúne, la bibliografía que presenta, la introducción general y las notas informativas, este volumen constituye una herramienta de trabajo útil para el estudio de los problemas de la integración económica entre países en desarrollo.

CARLOS TELLO
El Colegio de México

WALTER HENRY NELSON, *The Soldier Kings — The House of Hohenzollern*. Nueva York, G. P. Putnam Sons, 1970.

Existe una literatura abundante sobre la historia alemana, y a los gobernantes de la dinastía Hohenzollern, que constituyen el tema del libro de Nelson, se los ha descrito, interpretado, alabado y condenado, con igual profusión. En pocas palabras, se los ha hecho responsables del curso de la historia de Alemania. Se incluye aquí la creación del Imperio Alemán en 1871, así como el colapso de la nación alemana en 1945, un cuarto de siglo después de la abolición de dicha dinastía. Todavía ahora se siente en Alemania la huella de los Hohenzollern.

La historia de Alemania, o sea la de los Hohenzollern, es compacta y sumamente complicada, ya que se extiende por más de 500 años. Es por ello que pocos autores han intentado hasta ahora escribir tal historia en forma que no sea una mera relación académica de hechos. Nelson cambia la perspectiva y enfoca la historia de Alemania como la historia familiar de una dinastía reinante. El énfasis se encuentra en la personalidad que determinó un hecho, y no en el hecho mismo. La obra de Nelson es históricamente correcta y comprensiva, a pesar de lo cual su lectura resulta fácil y a ratos hasta sumamente divertida. Las personalidades de los Hohenzollern cobran vida propia por encima de sus nombres famosos, y algunos sucesos igualmente conocidos pasan a segundo plano, dejando la escena por completo a los actores Hohenzollern. Ordinariamente pensamos en los Hohenzollern como gobernantes prusianos. Casi nadie recuerda que surgieron en el sur de Alemania, muy lejos de Prusia, y que no llegaron a gobernar esta región sino a mediados del siglo dieciocho. Pocos recuerdan también que Federico II —conocido como Federico el Grande— rey de Prusia por la gracia del Sacro Emperador Romano, simplemente desechó el *en* y se declaró a sí mismo Rey de Prusia. ¿Qué habría sucedido en Alemania si Federico no hubiese hecho esto, o si no lo hubiera podido llevar a cabo? Sólo podemos formular especulaciones a este respecto.

Nelson demuestra ampliamente que pocas dinastías han sido, como ésta, un producto acabado de los hombres que la integraron. La historia de los Hohenzollern se inicia con el colérico Federico Guillermo, el Gran Elector, en el siglo quince. Sobresale después Federico I, quien

forjó el ejército prusiano que su hijo, Federico el Grande, emplearía más tarde para pelear con éxito contra la Emperatriz María Teresa de Austria y contra la Francia de Napoleón. A Federico Guillermo I se le llamó el rey soldado por haber convertido al ejército en un poderoso instrumento político; le complacía en extremo emplear como su guardia personal a los llamados Guardias Gigantes, algunos de los cuales medían tres metros. Podemos imaginarnos el espectáculo de este rey: de escasa estatura, con una cintura de dos metros y medio, un peso de 115 kilos, y rodeado de hombres de tres metros.

Federico el Grande ocupa un lugar especial en la historia de Alemania. Al igual que la mayoría de los Hohenzollern, fue un líder militar que impuso su voluntad de hierro en Prusia. Pero también se le conoció como el rey filósofo, que contaba a Voltaire entre sus amigos y tocaba la flauta con maestría.

Casi siempre sucedió que a un gobernante Hohenzollern moderado y dado a filosofar siguió otro tirano y autoritario. Lo mismo se puede afirmar de las primeras damas prusianas, si bien, con pocas excepciones, no desempeñaron un papel más importante que el de madres de los futuros reyes de Prusia. Muchas reinas prusianas sobrevivieron a sus esposos y vieron que su hijos no continuaban, o aun destruían, toda la labor de sus padres, al tiempo que buscaban guías e inspiración en sus antepasados más lejanos.

En épocas más recientes, el Emperador Guillermo II, baldado hijo del Emperador Federico III y de Victoria, hija de la Reina Victoria de Inglaterra, odiaba a sus padres con tanta pasión que, al fallecer su padre, rodeó la residencia Hohenzollern con guardias armados por temor a que algunos documentos que lo degradaban pudieran salir del palacio y llegar a Inglaterra.

El padre de Guillermo II, Federico III, fue uno de los miembros más desafortunados de la familia Hohenzollern. Sus convicciones moderadas y democráticas no llegaron a dejar huella en Alemania debido a que sólo gobernó 99 días. Se coronó Emperador a los 57 años de edad, cuando la mayoría de los gobernantes ya tienen tras de sí muchos años al servicio de su país. Guillermo II escogió como inspiración a su abuelo Guillermo I, pero nunca tuvo la energía física ni moral necesarias para gobernar a Alemania como éste lo había hecho. Por ejemplo, Guillermo II sólo reconoció en el último momento que Alemania había perdido la primera Guerra Mundial, y cuando abdicó sólo lo hizo como Emperador de Alemania y no como Rey de Prusia. Esto último tuvieron que hacerlo otros en su lugar.

A pesar de las consecuencias trágicas del reinado de los Hohenzollern en Alemania, el movimiento de resistencia contra Hitler, durante la segunda Guerra Mundial, escogió a un Hohenzollern para sucederlo en el caso de que tuviera éxito el intento de asesinarlo. Todavía hoy se siente admiración por los Hohenzollern, y muchos creen que Alemania habría tenido un destino mejor bajo una monarquía constitucional que bajo una república, después de la primera Guerra Mundial.

La prominencia de los Hohenzollern en la política alemana ha desaparecido, pero todavía hay un gran interés por la suerte de la familia Hohenzollern. Tal vez sea ésta una de las razones del caluroso recibí-

miento otorgado a la crónica de Nelson. Este volumen no es, ciertamente, un libro de texto. Sus 500 años de historia alemana, comprimidos en 500 páginas, no constituyen una aburrida narración de sucesos, sino una historia vívida, vista con los ojos de los hombres y las mujeres que la hicieron.

ELISABETH E. BRAUN